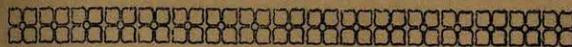


XIX

Uno de los cinismos más singulares del hombre consiste en pretender que la falta cometida por la mujer, es peor que la suya, porque la de aquélla puede tener consecuencias de procreación, como si entre la amante que se hace embarazada y el amante causa de tal embarazo, hubiera la menor diferencia de responsabilidad. Notemos, sin embargo, esta apreciación general: de cien hombres que tuvieran una sola probabilidad contra mil de que de su trato con la mujer habían ellos de resultar embarazados, teniendo después que dar a luz el fruto de su amor y soportar lo demás que sobreviene, no habría ni uno solo siquiera que acudiese a la cita de su amada. Pero, paciencia, que la nueva educación, exclusivamente laica, según consignan los programas políticos, nos promete una generación de mujeres que a los veinte años sabrán estas cosas y algo más. Cuando se realicen del todo dichos programas, habrá que buscar un tercer sexo que ayude a la Naturaleza a cumplir la ley que le obliga a propagar la especie humana.

XX

La unión de dos tedios y el desafío de dos depravaciones; he aquí lo que los progresos de nuestra época, tan singularmente ignorante de las leyes de la vida interior, están haciendo del amor, realzado por el Cristianismo hasta las sublimidades de la religión. Sucederá con esto como con el Burdeos moderno, en el que de todo hay menos vino. En ese amor habrá también de todo, menos amor.



MEDITACIÓN VI

DE LA QUERIDA

(Continuación.)

¿Por qué razón, sabiendo los peligros a que se expone, las decepciones que la esperan y las angustias que ha de sufrir, una mujer de estos tiempos admite un amante? Este problema, indicado en la anterior meditación, se me presenta ahora tan insoluble como la cuadratura del círculo. ¡Una mujer! ¿Qué mujer...? ¡Un amante! ¿Qué amante...?

Cuanto más avanzo en esta obra analítica, empezada, puede decirse, a la casualidad, más difícil se me hace el llegar al descubrimiento de la ley general en el más individual de los asuntos y me acuerdo de un refrán español, filosófico en verdad, que me fué enseñado por un andaluz en circunstancias particulares. Este ejercía la profesión de cochero y también servía de guía. Nos estaba enseñando, a un inglés amigo mío, lord Herbet Bohum, y a mí, los cuadros de Murillo que se hallan en la catedral de Sevilla.

Aquel hombre estaba vestido de negro y bastante sucio; su tez tenía el color de los cigarros habanos,

sus botas estaban rotas y su camisa era de una dudosa blancura. Su boca, ¡qué boca!, ofrecía al sonreír una ironía y un desencanto incomparables. Lord Herbert conocía el idioma del país, y cuando acabamos nuestra visita, estando aquel día en ayunas y lúcido por excepción, el guía le dijo algunas palabras al oído que le hicieron asomar la risa a los labios.

—Adivinad—me dijo—lo que este granuja nos ofrece; quisiera, comprendiendo que somos aficionados a lo bello, presentarnos a alguna hermosura viva, y particularmente a una joven que se halla ahí cerca del cuarto pilar, a la izquierda, en compañía de su madre.

Miré en aquella dirección y divisé, en efecto, dos formas de mujer ocupadas en rezar o en abanicarse por debajo de su mantilla.

Eran dos tipos dignos del pincel de Goya; la hija tenía hermosísimos ojos negros y la tez pálida y morena propia de las andaluzas, y la madre era delgada, con la boca hundida y su mirada brillaba de codicia. La ocupación habitual de aquellas dos criaturas y la de nuestro guía, saltaba a la vista; pero tenía yo el siniestro gusto de ver desarrollarse delante de mí la infamia humana y dije a mi compañero, que se preparaba a despedir al rufián con todos los honores debidos a su profesión:

—No le despedáis; hablemos más bien un momento con él. Preguntadle si no le da vergüenza de hacernos semejante proposición en una iglesia.

—Contesta que mejor es aquí que en la calle—me dijo el inglés, traduciendo la réplica de aquel hombre y sonriéndose otra vez a pesar suyo, porque el

peor de los calaveras de la rubia Albión, conserva siempre un fondo de respetabilidad.

—Preguntadle la edad de su protegida y si es virgen—insistí yo, esperando una respuesta singular.

—Dice que tiene diez y siete años; pero que en cuanto a lo demás, no pondría él las manos en el fuego ni aun para testificar la virginidad de la Giralda.

Esta extraña imagen, que se refería a la gigantesca figura que corona el campanario de la catedral, nos produjo a ambos un acceso de risa, tanto más fuerte, cuanto que el bribón de nuestro guía conservaba una imperturbable seriedad, mientras que su mirada expresaba, fijándose en nosotros, la profunda atención del cazador que acecha la caza.

—Decidle—repuse yo—que la madre no consentirá nunca ese trato, a juzgar por la severidad que expresa su rostro.

—Contesta que la llave de oro abre todas las puertas.

—Preguntadle qué género de vida observa la hija.

—Responde que su posición es algo acomodada, que es muy honrada y que si no fuéramos extranjeros, no llegaríamos siquiera a tocar la punta de sus dedos...

—¡He aquí una singular moralidad!—exclamé yo, acompañando mi frase con gesto. Y como el inglés tradujo también esta exclamación con su flema habitual, el guía pronunció esta sentencia que nunca he olvidado:

—*Cada persona es un mundo...*

¡Dios mío! ¡Cuán lejano está ya ese viaje a España

y mi vuelta aquel día a la fonda con el silencioso Herbert, siguiendo por la calle de la Sierpe, llena de toreros, con sus chaquetas cortas, su barba completamente afeitada y sus cadenas de reloj llenas de dijes! ¡Y nuestras *juergas* por la noche comiendo pescadillas y bebiendo amontillado en compañía de muchachas y tocadores de bandurria y de guitarra en las casas de los gitanos! Pero el aforismo del psicólogo práctico de Sevilla se ha presentado muchas veces a mi mente para impedirme que estableciera comparaciones precipitadas. Procuremos, sin embargo, hacer la de las queridas, apartando de un modo absoluto las distinciones sacadas del orden social, haciendo, como es consiguiente, caso omiso del lado pecuniario e interesado, y concediendo, en fin, que las clases de que se trata están sin cesar trastornadas por las casualidades, por lo complejo de la vida, y formemos esta hipótesis, que las mujeres se dividen, en cuanto concierne al amante, en tres grupos: las que se entregan por temperamento, las que obedecen al amor y las que se ven arrastradas por la fuerza de la imaginación.

Muchas contradicciones, no obstante, pueden presentarse, pues una mujer que se haya sometido a un hombre con ficción y por conveniencia, estará tal vez, dentro de cinco años, enamorada de otro con el corazón, o con los sentidos, y algunas veces con ambos. Otra habrá obrado por cálculo con tal o cual individuo, hasta el punto de repetir la frase, casi ingenua, que madame Ethorel dijo a mi amigo, hablando del peligro a que estaban expuestos a causa de los celos del marido: «—Si todo se descubre, que no lo

sepa yo...!—», y con otro demostrará un abandono completo de sí misma, valor y pasión sincera.

Sucede con las mujeres lo mismo que con la Naturaleza; ciertas plantas insectívoras son a la vez vegetales y animales; pero no se puede deducir de esto que el mundo vegetal y el mundo animal no sean distintos, y de que las diversas especies de queridas se reúnan a veces en una misma criatura, no se debe deducir tampoco que estas especies no son diversas. He aquí, pues, algunos rasgos que caracterizan, a mi parecer, esta diversidad en los tres grupos del temperamento, del corazón y de la imaginación.

* * *

§ I.—El temperamento.

La mujer de temperamento, en el sentido que doy aquí a esta palabra, es mucho más rara en nuestras razas fatigadas, que lo que supone nuestra fatuidad masculina, o lo que nos hace imaginar nuestra tontería. Verdad es que habitualmente se confunde a la que aludimos, con la nerviosa, cuando ésta debiera clasificarse, seguramente, entre las cerebrales. Hay un diálogo legendario entre dos *mujeres* que debe ser recordado siempre que un amigo nos alabe el placer con que embriaga a sus amantes.

PRIMERA MUJER.—¿Te proporciona placeres a ti un hombre?

SEGUNDA MUJER.—Con seguridad, dos veces a lo menos... Cuando me paga y cuando se va.

Pero rara o frecuente, la mujer de temperamento

existe y no puede definirse con una sola palabra; posee para todo cuanto se relaciona con el amor, la naturaleza verdaderamente varonil. ¿No habéis oído mil veces a algún hombre decir?: «Cuando estoy ocho días sin ver a una mujer, mis ideas están trastornadas.» Pues bien, pongamos, no ocho días, sino quince, un mes, dos, para no ser engañados por los que se alaban.

La mujer de temperamento es lo mismo.

Los sexos viven en ella, una vida inferior y como separada, al lado de la cabeza y fuera del corazón. Ofrece, por lo regular, dos tipos diferentes, la lozana y la consumida... Mirad en ese salón a aquella mujer de veinticinco años, de estatura algo elevada, un poco gruesa ya, con abultado y turgente pecho, ancha espalda y brazos mórbidos, un anto encarnados; si la habéis observado durante la comida, habréis notado que es sobria, por más que coma con verdadero apetito; pero solamente de los manjares más sanos. Tiene en los ojos, más bien pequeños que grandes, en la nariz, ancha en su base, en la boca, de labios gruesos, y en su barba cuadrada, algo de la fauna y una risa que descubre una dentadura apretada, blanca y fuerte como la de las fieras. Es una gran señora, cuyo blasón se remonta a las Cruzadas, y, sin embargo, adivináis que bien sea en la mesa de una posada, entre gente de baja estofa, bien en un teatro de tercer orden o en un garito elegante, se hallará a gusto, complacida y satisfecha, por poco que se divierta. Si la encontráis después de sentir una pena muy grande, como por ejemplo, la muerte de un sér querido, observaréis en ella un dolor verdadero y

sencillo; pero que no impide continúe el fuerte empuje animal. Es lo mismo que el aldeano que a la vuelta del entierro de su padre se sienta a comer y aun cuando el sentimiento le tiene con los ojos preñados de lágrimas y el corazón encogido, come con apetito y repite el plato, si no siente satisfecha la necesidad. En la mujer del temperamento a que nos referimos, nada hace mella, ni dolores ni alegrías; llora a un pérfido que la ha hecho traición, y obra como lo hizo una encantadora mujer de la clase media que, habiendo tomado por confidente de sus penas al joven René Vincy, le lleva un día a su alcoba, corre el cerrojo y le dice: «—René, tenemos un cuarto de hora de libertad...»; pero el pobre muchacho, que amaba a otra y tenía la candidez de serle fiel, se portó como un vulgar José, y aquella mujer no le quiso mal por eso; se contentó con decir: «—Me hubiera gustado mucho, sin embargo...» Señas particulares: estas mujeres no son rencorosas, y Lesbos es para ellas un puerto lejano, en que abordan por casualidad y sin detenerse jamás en él.

Con la segunda especie de mujer de temperamento, que he calificado con el nombre de la *consumida*, las mayores depravaciones son, por el contrario, posibles. Esta es por lo regular delgada y de aspecto delicado, la parte superior de su rostro es, en ocasiones, ideal; pero la boca saliente, de labios caídos y de expresión melancólica, forma un singular contraste con las demás facciones. Mientras que en la lozana existe un perfecto acuerdo entre la fuerza vital y la sensualidad, parece que en la consumida la pasión es demasiado fuerte para la máquina física. Es a veces nove-

lesca, y en ocasiones una mujer de principios, que se siente atormentada por los sentidos y que se vuelve entonces silenciosa y triste. Aun cuando sea honrada, le agradan los buenos mozos de formas atléticas, como á la lozana, ciertos individuos bastante morenos, muy delgados, con manos velludas, y cubiertos de barba hasta los ojos. El ejemplar más notable que he conocido de consumida virtuosa, era el ama de un café frecuentado por pintores, situado no lejos de Luxembourg y decorado por los habituales concurrentes con pinturas a lo Rembrandt. Aquella mujer permanecía inmóvil y pálida detrás del mármol del mostrador, mientras que su marido hablaba con sus parroquianos, de los que algunos llevan hoy nombres ilustres. Los camareros eran todos hercúleos, dignos de figurar entre los granaderos del segundo rey de Prusia. Me divertía yo hojeando la *Gazette des Beaux Arts*, en observar la avidez de la mirada con que la pobre mujer seguía las idas y venidas de aquellos gigantes sirviendo café, bocks o ajenjo. En algunos momentos la emoción que experimentaba era tal, que hacía temblar la pluma en su mano, y la banquetea de badana en que se hallaba sentada era para ella el ardiente trípode de la Sibila. Enviudó, y se volvió á casar con uno de aquellos gigantes, que la arruinó y le abandonó después. Ella se entregó a la bebida y la he vuelto a ver hace poco tiempo pobre y miserable; me preguntó las señas de uno de mis colegas, que la debía unos treinta francos. Hablamos un momento y, tratando de su segundo marido, que la había dejado en medio del arroyo, dijo:

—¡Ah, si por lo menos hubiese tenido yo de él un hijo!

Esta constancia es rara en la mujer de temperamento y muy frecuente, por el contrario, en ella el relámpago sensual, que nada tiene de común con el rayo fulminante que llega al corazón. He aquí una anécdota, que me gustaría fuese auténtica, porque sería muy significativa, de ese súbito extravío en que el más irresistible de los caprichos físicos puede precipitar a esta clase de mujeres. Me la refirió Andrés Mareuil en la misma época en que sucedió, y ¿por qué he de sospechar de su veracidad? Andrés había ido a comer, a fines del mes de Mayo, a una casa en la que, fuera de la villa, vivía un amigo suyo, músico muy conocido. Se sentó a la mesa al lado de una lindísima mujer de veinticinco años que tenía fama merecida como pintora al pastel y que estaba, a sabiendas de todo el mundo, en relaciones amorosas con uno de nuestros buenos escultores. Andrés, que conocía perfectamente toda la historia, no pensó siquiera en cortejar a su vecina de mesa, a quien nunca había visto antes de aquel día. Era muy graciosa, esbelta, con cabellos castaños, ojos negros, de suave mirar y sus maneras convenientes y muy correctas; pero tenía la boca encarnada, ancha y en extremo sensual. Era tan extraña la expresión que se dibujaba en su boca cuando Andrés hablaba con ella, y su mirada se quedaba tan fija en él, que mi amigo, acostumbrado a las aventuras rápidas, se atrevió a hablarla, primero, con familiaridad; luego, con audacia, y después... aquella misma noche, al regresar a París, dicha mujer se fué con mi amigo a casa de éste,

quien a la una de la madrugada la llevó en coche a la morada del escultor. Andrés no pudo resistir la curiosidad de hablar con ella de su amante. Era una curiosidad absurda; pero invencible.

—¿Desde cuándo has dejado de amarle?—la preguntó.

—¡Si le amo siempre...!—respondió ella.

—No con amor, en todo caso...—replicó Andrés.

—¡Ah, sí!—insistió ella—, y profundamente.

—¡Vaya! ¿y a mí entonces?—preguntó con el cinismo del hombre que acaba de gozar de una mujer y que la desprecia. (Véase la *Meditación V.*)

—¡Ah, cállate!—exclamó ella—. No me comprendo a mí misma y me haces mucho daño...

Andrés tuvo una segunda entrevista con aquella infeliz, luego otra y otras, hasta que aquel capricho de una noche se transformó al fin en una especie de locura; mas el caso es, que en cada una de las citas que tenía con ella, bien fuera por curiosidad o por celos inconscientes, pues la aludida mujer le gustaba mucho, la hablaba del otro y la joven contestaba como la primera vez.

—Le amo.

—¿Y a mí?—preguntaba él.

—A ti no es lo mismo—respondía con una tristeza que parecía desmentir el ardor de las anteriores caricias.

—Pero, ¿si tuvieras que elegir...?

—¡Ah, le elegiría a él cien veces! Te amo también a ti; pero de otro modo...

—Sabes que tienes un corazón monstruoso...—le decía Andrés,

—No sé—contestaba encogiéndose de hombros—; pero soy así...

—Está visto—exclama mi amigo después de referirme tan extraña conversación—; no tengo de ella más que los sentidos. ¿Me creerás—añadió pasado un instante de silencio y con tono serio—, si te digo que acaba por asustarme como si, en efecto, fuese un monstruo...?

Esta sensación del más vividor entre los vividores que he conocido, es parecida a la que la mujer de temperamento ha de producir casi siempre en el civilizado de nuestros días, tal como le hemos estudiado, pues tiene demasiada pobreza de salud para comprender lo natural de ciertos impulsos, se siente bastante cansado para participar de ellos y asaz refinado para contentarse con la sensualidad simple y franca. Este mismo Mareuil, cuyas palabras son saetas, decía de otra mujer de temperamento, de las más caracterizadas, una cómica, que acababa de partir para Madrid: «—¡Ha ido a buscar un *garañón!*»

Lo que estas mujeres necesitan, bien sean lozanas o consumidas, o que se aproximan a lo que Baudelaire llamaba: «el candor del antiguo animal» es el Francisco I, de ancha espalda, de boca húmeda y de apetitos tan alegres como su risa. En vez de esto se la casa, tierna fauna, con un enervado como aquél, cuya historia sexual he referido; así es que, si es honrada y no es madre, se marchita en la soledad de una media viudez. Envejece antes de tiempo, su dentadura se echa a perder y su rostro se congestiona. La que había nacido para ser una agradable bacante, se va secando por efecto de la fiebre que le producen

sus impulsos comprimidos; es una enferma y una víctima. Si se deja guiar por sus malos instintos, se transforma en verdugo; verdugo físico primero, porque quiere ser amada en el sentido real de la palabra, cosa algo violenta, por no decir imposible, para un hombre débil ya, efecto de una herencia fisiológica o por experimentos demasiado excesivos; verdugo moral después, porque os será infiel al separarse de vuestro lado sintiendo aún la impresión de vuestras caricias y grabada vuestra imagen en su corazón, con el primero que pase o con el que se halle en casa, como la señora de Sauves fué infiel, según cuentan, al simpático Huberto Liaurant con el reprochable La Croix Firmin. ¿Qué es más doloroso para el amante, sobre todo, si se encuentra como el hombre de nuestra época, tan bien dispuesto para ser celoso, como tan poco para la ternura? La mujer de temperamento puede considerarse como muy feliz si no da con uno de esos mercaderes, bien sean de la alta sociedad o de la clase media, que dicen a propósito de la mujer: «¿Qué es lo que me producirá?» ¿Hemos dicho ya bastante para comprender que la teoría planteada al principio de este libro, respecto al desafío forzado entre ambos sexos, se halla explicada con esta primera clase de enamoradas? Y sin embargo, ellas no piden al hombre y no le ofrecen más que el placer de los sentidos, ese placer «que hace el alma tan buena», según dice la leyenda, «tan cruel», según se deduce de la observación.

* * *

§ II. *El corazón.*

Entre las mentiras que las mujeres dicen a los hombres y que éstos han creído y creerán siempre, la más habitual es aquella a la que llamaremos, a falta de otra palabra mejor, la mentira de la virginidad de las sensaciones. Esta consiste en afirmar que eran hasta que os conocieron, la Galatea antes de Pigmalión, es decir, una estatua de mármol que nada sentía. Vos sois el que ha despertado sus sentidos, a vos deben la revelación de sí mismas, y esta mentira, como la mayor parte de las que forjan esas astutas y sutiles personas, tiene por base una verdad, a saber, que ese fenómeno del despertar de los sentidos para el amor, existe en efecto, sin que este milagro fisiológico pueda explicarse bien. Sucede en un momento dado, y esto puede acontecer a todas las especies de mujeres, que la que no había sentido el menor estremecimiento de voluptuosidad, nota que se halla embargado su corazón por el amor, y todo su sér sufre una repentina transformación. Y he aquí la diferencia que existe entre la mujer que se entrega porque su corazón la empuja a ello y la que lo hace por temperamento. La sensación del deleite se produce en ésta, que ame o no ame, y en aquélla solamente cuando ama. Apresurémonos a decir que semejante fenómeno es muy raro y que la credulidad masculina no debe tomarlo al pie de la letra. Existen muchas Galateas por indiferencia; pero por lo regular, permanecen siempre lo mismo, y la Ester de Balzac, la mujer insensible y degradada, que se eleva en la virtud de la exaltación

sentimental hasta las más brillantes alturas del amor, es una excepción tan sorprendente, como el genio que la ha creado. ¿Os acordáis de la carta que escribe antes de poner fin a su vida? Va a matarse porque se ha entregado a Nucingen por Rubempré; deja a su poeta setecientos cincuenta mil francos, precio de aquella venta, y bromeando en el borde de la tumba, para que él no se ponga demasiado triste, le dice: «—¿Quién te hará como yo, la raya en tus cabellos?» Se cuenta que leyendo Balzac esta carta en un salón, se interrumpió llorando y exclamando: «—¡Qué hermoso es esto!...» Tan hermoso, ¡ay!, como inverosímil. Por cada una de estas transformaciones, ¡cuántas comedias se representan! No se pasa tan friamente de un estado a otro, si bien no se puede negar que, aun cuando es poco común, dicho caso existe. La mayor parte de las veces, la mujer destinada a amar con ese amor completo que absorbe él solo durante años enteros, por toda la vida quizás, las fuerzas más secretas del alma, es aquella que desde la niñez ha empezado a vivir mucho y únicamente por el corazón. Es muy raro que hallemos esto en la hermosa con esa hermosura deslumbradora, que constituye una especie de realeza absoluta, y que, para el caso de que hablamos, es siempre nociva a sus depositarias. La mujer que vive por el amor, no es tampoco la fea, porque fealdad es casi siempre símbolo de envidia. Es más bien graciosa que brillante y su encanto no es de todos los días; tiene una mirada agradable que la pasión hace sublime, y una expresión en el rostro, cuya elocuencia no se revela más que en los momentos de suprema emoción. Es

probable que carezca de talento para la conversación y la veremos ocupar con gusto en un salón un sitio de los más modestos, porque no tiene el temple de alma que se necesita para lanzar epigramas sangrientos, ni la vanidosa sequedad que se disimula detrás de las más inocentes coqueterías. Dos notables observadores han estudiado este tipo especial, Laclos y Beyle, y este estudio les sirvió para crear, el primero, la divina presidenta de las *Liasons*, y el otro la madame de Renal de *Rouge et Noir*. Ambos han procurado cuidadosamente de manifestar que la mujer de corazón es, por lo regular, piadosa, como es tímida por un exceso de sensibilidad que hace de ella, cuando tiene la desgracia de aparecer en nuestra sociedad contemporánea, una presa, con tanta certeza consagrada a la voracidad del hombre, como la Andrómeda de la antigua fábula, encadenada a la roca. Esta es la mundana a quien un amante implacable arrancará cien mil francos para pagar sus deudas, haciéndola traición aquel mismo día con la primer mujer que encuentre a su paso. Es la amante que se ocupa de los quehaceres de su casa y se viste con telas de las más baratas, para que el hombre que con ella vive, tenga el derecho de jugar y de volver a su casa embriagado y sin dinero. Es la mujer abandonada, comprometida y ultrajada, que anda leguas y más leguas para ir a cuidar al que ha amado y que sabe que se halla enfermo a gran distancia del lugar en que ella se encuentra. He visto esto y otras cosas parecidas, en el tiempo en que Coleta tanto me hacía sufrir por su infidelidad, y se acrecentaba mi dolor, cuando consideraba que aquellas mujeres enamoradas que

marchaban al martirio, no eran amadas, y que yo amaba en razón directa del sufrimiento que me producía con su conducta aquella infame. De todo ello he deducido las siguientes verdades, que juntaremos con los montones de guijarros psicológicos colocados a lo largo del camino del calvario que describe esta fisiología:

XXI

Para la mujer, de veinte veces diez y nueve, mezclar el corazón en el juego del amor, es lo mismo que jugar a las cartas con un tramposo y aventurar monedas de oro contra dinero falso.

XXII

El hombre se venga con las mujeres cariñosas, de no haber sido amado por las bribonas, y califica a esto de haberse vuelto muy fuerte.

XXIII

Por una innegable ley de la naturaleza masculina, el hecho de ser amados por una mujer a quien no amamos, nos hace malos, y nuestros remordimientos, cuando la hemos cansado, se parecen al pesar del aldeano que, habiendo muerto a su perro a puntapiés, se arrepentía de su acción por encontrarse ya sin tener quien le defendiese.

XXIV

Un poeta, conocido mío, perdió a su amante: ésta era una viuda, con algunas rentas, que le había mantenido durante diez años, esperando la obra maestra, que no se empezaba nunca. Él la había hecho sufrir mucho por su mala conducta, con pretexto de que el artista necesita la experiencia de la pasión: «Soy muy desgraciado desde que la perdí, me dijo un día, y voy a aprovechar mi dolor para escribir un pequeño Intermezzo muy elocuente.» ¡Pobre mujer! ha debido estremecerse de alegría en su tumba. Aun le mantenía después de su muerte.

XXV

He renunciado a tener lástima de las mujeres que aman, desde que he oído decir a esta misma viuda, la amante peor tratada de cuantas he conocido: «Es él muy duro para mí; pero si yo no estuviese a su lado, ¿quién cuidaría de su ropa?» Y se sonreía al decirlo. ¡Coser su ropa y los botones de sus camisas era una dicha para ella!... Pensando en esto, huye de mí la compasión y me acuerdo también de haber leído en una carta dirigida a Raimundo Casal, sin duda por aquella madame de Corcieux que por poco se muere por su causa, esta frase singular, que me hacía reír antes y me da ahora ganas de llorar: «No te echés en cara mis pesares; si no me hubieras hecho sufrir, sería porque no hubieras llegado a conocerme.»